

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

Año V
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)
ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 19 DE ABRIL DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 922

PAGINAS DOMINGUERAS

DECEPCIONES

Desengáñate, chico—me decía hará una docena de años mi amigo Cristóbal, oyéndome ensalzar a Matilde, que me tenía serbido el seso;—siguiendo con esas ilusiones, llevarás a gravel los desengaños, y es seguro que cuando caigas de las alturas á que el idealismo te eleva, no lograrás curar tus contusiones con toda el árnica del mundo.

—¡Qué palabrotas!—decía yo mentalmente.—¡Árnica! ¡Contusiones! No se expresaría de otro modo el más prosaico mancebo de botica.

Y continuaba Cristóbal:

—La vida real, que tanto detestas, aun mirada con ojos vulgares tiene encantos más verdaderos que los que forja tu fantasía. No te alimentes de sueños, que los sueños casi nunca se convierten en realidades. Entra en nuestro mundo; resignate á vivir como vive cada hijo de vecino, y no pretendas crear un mundo nuevo para tu uso particular. Ve en la mujer que amas, no un ángel bajado del cielo con el sólo objeto de hacerte feliz, sino un ser de carne y hueso, que te ama, que te adora, todo lo que tú quieras, pero que come, que duerme, que piensa en la Vicaria, y que tiene las mismas debilidades que todas las demás mujeres, desde Eva, cuyo amor á la prosaica manzana le hizo perder un paraíso, hasta mi patrona, cuyo amor á las medias tostadas le hizo perder más de un huésped. No te rías, ni echas en olvido mis consejos; tarde ó temprano opinarás como yo.

¡Y qué razón tenía Cristóbal! Hoy soy mucho más prosaico que él. Creo en la mujer... hasta cierto punto, y en punto á amor, solo creo en el de la lumbre, única llama que llega á lo vivo. ¡Tal cambio han operado en mí las decepciones que he sufrido por las hijas de Eva!

Y para que no se crea que exajero, ahí vá la historia breve y compendiosa de algunas de ellas.

Matilde, aquella muchacha de que hablé á Cristóbal, era una malagueña de ojos de fuego, con unas manos tan lindas que daban pié para cualquier cosa, y unos piés tan diminutos como no han salido otros de manos del Criador. Tenía veinte años, y un lunar en la barba como una gota de tinta, y una madre tan antipática que no tenía precio para suegra.

Nuestros amores, mantenidos con sin igual constancia durante tres meses, iban á sufrir una prueba terrible: la separación.

Lágrimas, juramentos, un conato de desmayo, y cuantas pruebas puede dar una mujer enamorada al separarse de su novio, me dió Matilde la tarde de nuestra despedida.

Faltaba escasamente media hora para zarpar del puerto de Málaga el vapor «Rifón» en que debía embarcarme, y Matilde, al darme el último adiós, me dijo:

—He querido que llevas al separarte de mí un recuerdo de mi cariño, y te he hecho una cosa igual á otra que dediqué á mi papá y de cuyo obsequio se hace lenguas. No he querido dártela porque me causa vergüenza, pero en el muelle te aguarda con ella mi

criada. Cuando laañas á tus sienes ¡piensa en tu Matilde!

Le dí las gracias sin explicarme su vergüenza, y, después de hacernos cien promesas, me separé muy conmovido de la reja de Matilde, porque la verdad era que estaba enamorado de aquella mujer.

Cerca de la aduana distinguí á la doméstica quien me entregó una pequeña caja de cartón; la tomé, la abrí y... ¡quedé aterrado! Tenía en mis manos un gorro de dormir!

¡Ya pareció la prosa!

Escuso decir que el gorro fué al agua, y al agua fué también mi amor.

Emilia era lo que se llama una perla. Rubia como un ángel y sensible hasta la exageración, pasaba su vida entregada á Campoamor y Grilo, es decir á sus versos, con tanto dolor de doña Martina, su mamá, que en vano se esforzaba en demostrarle las bellezas de la costura y los encantos del arte culinario. Esta repulsión á la prosa aumentaba á mis ojos el mérito de Emilia. Una mujer que se mantenía con versos, y que á más de esta circunstancia tenía la de ser bonita y la de morir por mí, según solía decirme, era la realización de mis sueños, y por eso veía en Emilia mi media naranja, la otra mitad que completaba mi ser. Se me olvidaba citar un detalle que probaba más y más su refinado odio á la prosa; vivía en la calle de la Redondilla: como si dijéramos, vivía en verso.

Yo la amaba, ella me amaba, y si alguna vez le manifestaba mis temores de que pudiera olvidarme por otro, me decía con trágica entonación:—Tú has sido y serás mi primero y mi último amor; olvidarte sería la mayor de las vulgaridades, y yo no soy una mujer vulgar.

Y así pasábamos la vida, sin que yo sospechase nunca el cómico término de nuestros amores.

Una noche, víspera de San Isidro, le propuse que á la mañana siguiente fuéramos con D.^a Martina á la célebre romería que saca de quicio á los madrileños; y ella se opuso, fundando su negativa en tener que ir con su mamá á hacer unas compras que le encargaban unos parientes de Toledo. No insistí, y nos despedimos, como de costumbre, hasta la noche siguiente.

Cuando me desperté al otro día, me encontré sorprendido con una papeleta de citación para el juzgado de paz del distrito. Creía que sería una equivocación, pues me hallaba inocente de toda culpa; pero al leer una y otra vez mi nombre y apellido, no tuve más remedio que disponerme á acudir al juzgado, so pena de pagar la multa de no se cuantos reales con que se me amenazaba si no acudía al llamamiento.

Dar con el juzgado de paz fué para mí obra de romanos; pregunté á un mozo de cuerda, y me encaminó á la calle de la Paz; interrogué á un municipal, y me dió las señas del Tribunal Supremo; y por fin, después de recorrer calles y calles, dí con mis huesos en el juzgado. Una vez en él, tuve que esperar más de dos horas que terminaran varios juicios de faltas; y cuando me llegó el turno, conocí que había sido víctima de una broma sangrienta, pues ni en el juzgado tenían noticias de mi humilde persona, ni la tal citación era otra cosa que un papel sin sello alguno, como me hizo

ver uno de los escribanos, riendo á mandíbula batiente.

Sali á la calle corrido como una mona, y tan preocupado y tan fuera de mí me encontraba, que á no detenerlo á tiempo el auriga, me hubiera atropellado en medio del arroyo un coche de alquiler. Al darme cuenta del peligro, levanté los ojos y... no puedo explicar lo que por mí pasó. Dentro de aquel funesto vehículo distinguí á Emilia, riendo á carcajadas, al lado de un hombre gordó y colorado como un pimiento marrón. Maldije á Emilia, maldije mi suerte, y me acordé de Cristóbal.

Algún tiempo después, la criada de doña Martina me acabó de abrir los ojos. Por ella supe que Emilia, queriendo alejarme de su casa para poder ir libremente á la romería con el hombre gordó, hizo que éste escribiera la papeleta de citación que yo recibí, y mientras me hallaba desempeñando calles, ellos se burlaban de mi candidez. Supe también que á los pocos días se había casado Emilia con su acompañante, que era prestamista sobre ropas en buen uso.

¡Oh, poder de la prosa!

¡A las tres va la vencida! dije, y me enamoré de Lola, una gaditana de la calle de la Zanja, que pronunciaba el nombre de su calle con un acento y un tonillo que daba gozo oírlo.

Sencilla y cándida como sueño de monja, logró cicatrizar las heridas que sus dos antecesoras abrieron en mi corazón; y, cuando, olvidados mis últimos desengaños, me creía feliz con su cariño, me dió el golpe de gracia.

Una noche que me dirigí á su casa, la encontré... ¡pelando la pava con un veterinario de Cuenca!

Después de estas prosas ¡el que sea guapo que me venga con poesías!

CARLOS CANO.

LOS DOS LOROS

Vivían en la misma habitación, frente por frente.

El uno era un loro vivo, charlatan, dicharachero, tragón, vestido con lujos plumaje verde que esponjaba á cada momento, sobre todo cuando podía bañarlo en un rayo de sol que á veces penetraba solícito por la ventana á limpiar la casaca de su amigo, quien le recibía con carcajadas de gusto y picantes tonadillas zarzueleras.

El otro era un loro tristísimo, grave, de empaque orgulloso y autoritario, sordomudo é inmóvil: como que estaba disecado y metido en un fanal sobre una consola, en sitio adonde jamás llegaba el sol; verdad es que el astro-rey, amigo del loro vivo, hubiera tenido á menos alumbrar y querer sacar colores é irasiones del lacio y viejísimo plumaje del loro muerto.

Y sin embargo, ¡qué cosas de este mundo! todos los habitantes de la casa profesaban, no ha de decirse que amor, pues aun esto, con ser tanto, es muy poco, sino una especie de respeto supersticioso, una veneración imponderable por el loro disecado. Era éste algo así como el más ilustre blason, la más cara prenda de la orgullosa y linajuda familia, cuyos actos parecía vigilar con sus ojos de cristal severos, abiertos eternamente; era el ave sagrada secular, pues contaba los años por centenares, el testigo de todas las grandezas acabadas y de todos los consumidos esplendores de la mansión y de sus habitantes. Y éstos se esforzaban por conservarle intacto, inmóvil, siempre al abrigo del polvo, del aire y de toda injuria de sirvientes ó muchachos.

Mientras tanto, al loro vivo apenas le hacía caso nadie; el pobre animalcillo vivía solo, sin cuidados, sin más caricias que las del sol, y para que le llenasen de garbanzos la escudilla tenía que desgañitarse todos los días, y aún rebajar

no poco su dignidad repitiendo algunas desvergüenzas que le enseñaba el pinche de la cocina.

No era que el loro vivo tuviese envidia del disecado, ¡qué! ningún ser libre envidia á un preso; pero en fuerza de ver á todo el mundo respetar y cuidar al otro, había llegado á creerse que él, por lo mismo que jamás lograba permanecer quieto, callado y serio dos minutos, era un cualquiera, un pelagatos miserable, mientras que el del fanal tenía en sí no sé qué poder de sugestión, no sé qué extraña virtud para dominar y atraer las voluntades.

Al cabo un día, el menosprecio en que el loro vivo estaba, se agravó hasta el punto más sensible; por haberse marchado el marmitón que le daba comida á cambio de palabrotas, dejaron al pobre loro sin comer. No bastándole gritos, silbidos ni aullidos salvajes, surgió en su alma de loro ofendido una resolución heroica, digna de un Marat ó de un Robespierre; tirando con toda su fuerza, rompió la cadena de latón que le sujetaba una pata, lanzóse furioso contra el fanal, rompió de un pioletazo, y sacó al inerte y disecado loro con intención de devorarlo... mas ¡ay! entonces vio que aquella ave ante quien se postraba la humanidad entera, era un maniquí de plumas y estaba relleno de paja seca.

Moraleja.—Del loro vivo debieran aprender muchos hombres y muchos pueblos que se pasan la vida adorando loros disecados.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

Un cuento diario

“El Cúdio.”

¿No conocen ustedes *El Cúdio*? Pues se trata de un medicamento que lo cura todo, absolutamente todas las enfermedades si no se ha llegado al último grado de las mismas.

Es maravilloso. Sus efectos resultan como de milagros y no hay más que aplicarla con alguna constancia para conseguirlos. Podemos decir que es un remedio universal y nos complacemos en hacerlo público. Una feliz casualidad nos hizo conocer á su autor, cuya historia es la que sigue:

Pues señor, no há muchos años, vivía en un pueblo cercano á Cadiz, un hombre de edad procveta aunque brioso, como de treinta primavera, y sano y coloradote como la fruta en sazón. Trabajaba en un taller de forja y lima, era de buena estatura, de complexión robusta, parco en el hablar, sentencioso y sobrio: un tipo de los que suelen verse en gafanías cortijadas cuidando de las vacas y carneros, y solazando las reuniones de la noche con cuentos y leyendas aderezados de picante salsa y sabrosos de consejas y refranes.

Llamábasele *el tío Anselmo*, y adquirió fama extraordinaria de sabio y nigromante, porque al decir de la gente, á los ochenta cabales no había conocido enfermedad alguna, dolencia que le aquejara ni golpes que no resistiera: su cuerpo fué de hierro, como las cruces y las veletas que reciben sin doblarse las furias de los tiempos.

Retraído, un tanto hurao y quisquilloso, siempre que se le buscaba la sin hueso, y era cosa de no verle á menos de exigirlo necesidad imperiosa. Entonces sí. Cuando el mal con toda su corte de malandanzas entraba en una casa y provocaba á la salud imponiéndole las dolencias, salía el nombre del *tío Anselmo* como caso singular de perfección física, como plaza inexpugnable á los asedios de la muerte, y más que por nada como prodigioso inventor de una medicina que radicalmente lo curaba todo. Todo.

A la hora más bella de la naturaleza, cuando duermen los hombres y se despiertan los pájaros, cuando asoma el sol por los balcones de Oriente, como la joven enamorada se presenta en la morisca andaluz celosía, el *tío Anselmo* tomaba el camino del pueblo á la campiña, anda que anda, recreándose en el cuadro bellísimo del crepúsculo vespertino y por aspirar el aire puro que ensancha los pulmones y que produce los respiros de satisfacción completa y de alegría sin tasa. Andaba el *tío Anselmo* cerca de una legua todas las mañanas, lavaba sus cabellos en las cristalinas aguas de una fuente y dicen que se le veía parar su marcha, quedándose extático mirando el cielo y creése que oraba, rindiendo á Dios tributo de admiración por su gran obra. Al subir el sol para llegar al zenit, volvía de su paseo nuestro buen hombre, tan contento, tan alborozado como don

Quijote cuando salió de la Mancha, y entrando (el *tío Anselmo*) en su casuca comía frugalmente, y de allí al taller de forja y lima, no empleaba unos minutos. El taller era como lo pinta Velázquez en *la fragua del Vulcano*, y *tío Anselmo* martilleando en el yunque, pudiera haberle servido de modelo al pintor de las *meminas*.

Jamás tomó cosa alguna de bebidas, ni manjares picantes y sólo el agua le sirvió de vino y el pan de faisanes, si no de más exquisito y regalado condimento.

Viéronle en misa todos los domingos y nunca de francachelas ó de bromas: tuvo mujer en matrimonio, que se desahizó por la muerte de aquella, y sucesión tuvo, que le vivía allá en Extremadura, sirviendo al Rey nuestro señor, en un escuadrón de cazadores.

Solo, aburrido al parecer, «*tío Anselmo*» no se ocupaba del pueblo, más el pueblo no quitó ojo de su aspecto lozano, y los muchachos envidiaban su frescura y las mujeres gustaban de su palmito, y todos los vecinos se hacían lenguas en alabanzas para el *viejo joven*, para el modelo de salud y de energías corpóreas, para aquel hombre que parecían un «*Apolo*» vestido á la moderna.

«*Tío Anselmo*» fue un oráculo. Después un santo, á juzgar por sus milagrosas curaciones. Nadie sabía en qué se basaba la medicina que daba á los enfermos que llegaban á él; primero la gente del pueblo, luego hasta de la ciudad buscábanle ávidas de salud y la encontraban con el remedio del viejo. Su fama fue extendiéndose por los contornos; y pasó á la capital y hubo ya resquemores en los médicos, por los progresos maravillosos de aquel hombre. Curábanse los tísicos. Jóvenes juerguistas, borrachines, ya enclenques y debilitados, con los síntomas de la muerte en el rostro y la desconfianza en el ánimo, habíanse visto volver á la capital vigorosos y saludables. Aquello era un prodigio. «*Tío Anselmo*» resultaba un ser sobrenatural.

Obligaba á sus clientes (á quienes nunca cobró un céntimo), á que tomaran sus medicinas con las condiciones siguientes: Tenían que dar un paseo por las mañanas, almorzar y comer de lo más fuerte y dormir á las ocho de la noche; entre este régimen aplicaba la medicina por la mañana, al medio día y al acostarse. Ya lo hemos dicho: los resultados fueron admirables. Curáronse todos los que iban en busca del *tío Anselmo*; cundía su fama y llegó el caso, de que llamaran á nuestro hombre á la capital, á que se presentara en una junta de personas reputadas por su saber.

Tío Anselmo, sin cuidado alguno se personó ante aquel tribunal de la ciencia. Y le preguntaba uno de los vocales: —Es indispensable que manifieste en qué consiste su medicina. *Tío Anselmo* se rascó la barba, miró con aire burlón y pícaro á los reunidos y les dijo así: —¿Mi medicación? pos consiste en una cosa mu sencilla, mi medicina es, es, *el Cúdio*.

—«*El Cúdio!*» dijeron los concurrentes asombrados. ¿Y qué es *el Cúdio*?

—Vaya una cosa, balbuceó el *tío Anselmo*, pues qué ha de ser. Cuidarse: sino que yo no lo sé pronunciar correctamente.

SANTIAGO CASANOVA.

El maestro Puccini

Ahora que el público de Murcia tiene ocasión de saborear las obras de este célebre compositor, creemos oportuno dar á la publicidad su biografía.

Aunque estos datos biográficos los conozca la mayoría del público, abrigamos la convicción de que la vida y las obras de los grandes artistas, por muy conocidos que sean, nunca lo serán bastante.

Nació este ilustre compositor en Lucca en 1859. Es hijo de un excelente contrapuntista, autor de inspiradas obras religiosas que gozan de gran estima en Alemania é Italia. Ingresó en el Conservatorio de Milán (1880) y al cabo de tres años fué declarado Maestro.

Contó entre sus maestros á Buzzani y Pouchielli. En el año 1884 escribió su primera ópera, «*Le Villi*», que, estrenada en el Dal Verme de Milán, tuvo gran éxito y que al poco tiempo se representó en casi todos los teatros de Italia, Austria, Rusia y América del Sur.

